

en la población mexicana a partir de 1519", en el segundo tomo (1974) de sus *Ensayos sobre historia de la población*. De esa misma obra, que no se cita, pudieron asimismo tomarse en cuenta los estudios sobre

"La edad en el matrimonio, 1690-1960", "Tasas brutas de natalidad en México, 1700-1960" y "La mortalidad en México antes de 1805", entre otros. Deben matizarse, por lo tanto, las afirmaciones sobre los

límites del enfoque macrodemográfico, y moderarse (o precisar) ciertas alusiones críticas a los estudios de Cook y Borah. Los enfoques macro y microdemográfico no se oponen, se complementan.

## Bajo el signo de Alain Corbin

Eloísa Uribe

Marcela Dávalos, *De basuras inmundicias y movimiento o de como se limpiaba la ciudad de México a finales del siglo XVIII*, México, Cien Fuegos, 1989, 167 pp.

"Los Caballeros de la Basura, escoba en ristre, desfilan al son de una campanita, como el Viático de España, acompañando ese monumento, ese carro alegórico donde van juntando los desperdicios de la ciudad..." En 1959, Alfonso Reyes no resistió la tentación de recrear en un pequeño escrito lo que el carro de la basura, a su paso por las calles de la ciudad, le sugería. De la misma manera Marcela Dávalos se sintió atraída tanto por este mundo de los desperdicios, como por las teorías que propiciaron un nuevo entendimiento de la higiene y de la limpieza de esa ciudad, que ella llama de nuestros abuelos, de nuestros padres. Y para dilucidar el origen de este carro alegórico y de otros asuntos relativos a la salubridad de la vida urbana, la autora se remonta hasta la última década del siglo XVIII. Ahí, se inicia su estudio y no bien empieza su narración, cuando ya hace referencia al inquieto virrey se-

gundo Conde de Revillagigedo, quien por cierto concibió el recurso de los carros de mulas, precedidos por el hombre con la campanilla en la mano, ancestros de los que aún hoy día circulan por las calles de la ciudad de México.

La autora advierte que su investigación gira alrededor de dos personajes, este célebre virrey nacido en la Habana y el Maestro Mayor de la Ciudad Ignacio Castera. Y que retoma el pensamiento de los ilustrados para contrastarlo con las prácticas higiénicas de la mayoría de la población que se opuso a sus iniciativas. Por último señala que las transformaciones de la urbe las aborda desde el punto de vista de lo que se concibió como posible, más que de la puesta en práctica de los proyectos creados por los ilustrados borbónicos. Para terminar su introducción Marcela Dávalos ofrece una reseña breve del contenido de los seis capítulos que conforman el libro, reseña que sirve de guía para poner al lector en antecedentes de lo que recorrerá, conforme se adentre en la vida del siglo XVIII novohispano.

Divide su estudio en tres partes. La primera esta dedicada a las ideas circulacionistas que al amparo de los proyectos borbónicos

hicieron su aparición entre los ilustrados de la Nueva España. En el primer capítulo hace una historia sucinta de la ciudad de México, con el fin de mostrar cómo era y porqué sus habitantes estaban imposibilitados para entender los cambios de vida que les proponía el virrey. La ciudad del siglo XVIII, ciudad tradicional, es decir que conservaba la lógica bajo la cual había sido fundada en el siglo XVI: lógica medieval, devenida de lecturas árabes y judeo-cristianas, que se impuso sobre el mundo indígena. En ella se conservaban las costumbres y las rutinas conforme a las basuras o a los excrementos. No se tenía el sentido del pudor o del asco, la gente convivía con animales muertos, con las inmundicias en las calles. Los espacios no estaban racionalmente divididos y la vía pública podía servir como escenario de cualquier actividad. Para la población resultaba incomprensible la propuesta de una ciudad moderna, circulacionista.

El segundo capítulo, lo dedica a explicar la teoría circulacionista y sus vínculos con las ideas ilustradas. Este resulta uno de los más interesantes ya que remite el problema de la limpieza de la ciudad a

un ámbito más amplio, al de la relación del hombre con la naturaleza, con el cosmos, entendida a partir de teorías científicas llamadas modernas. “La naturaleza fue racionalizada a partir de leyes, de fórmulas matemáticas, y no ya en base a imperativos teológicos”. Pero esta nueva forma de entender el mundo natural, no implicó una separación tajante de una concepción teológica del universo ni de la existencia de Dios, dice Dávalos, ya que su presencia garantizaba el establecimiento de un conjunto de leyes que conferirían orden a la naturaleza, al cosmos, accesible para el hombre a través de su razón. “En particular las epidemias ya no significarían un castigo divino que provenía de los cielos, sino que se convertirían en el resultado concreto producido por el estancamiento de inmundicias... la falta de movimiento, de ‘libre circulación’ fue desde entonces el símbolo del peligro y el sitio desde el que fueron pensadas todas las cosas”. La mecánica moderna empezó a valorar el movimiento como positivo, al contrario del orden cósmico antiguo que lo consideraba el principio del desorden, pues para quienes se educaron en él, el mundo poseía una estructura finita, jerarquizada y claramente ordenada, por tanto si un cuerpo se movía alteraba el orden de aquellos que lo rodeaban. Para la nueva manera de entender la organización del universo, el movimiento era indispensable como elemento constitutivo de un mundo infinito, geométrico y matemático. Sólo era necesario conocer sus leyes y sus efectos para entender sus beneficios. “Esta teoría general del movimiento logró extenderse, entre ciertos pensadores del siglo dieciocho, hacia todos los ámbitos de la naturaleza. Al organismo humano se le consideró una máquina, a los órga-

nos corporales se les comparó con ciertos mecanismos y a la ciudad se le trató como a un organismo”. De las tesis mecanicistas se derivaron un gran número de estudios: sobre los climas y sus condiciones saludables o insalubres, sobre los rasgos de los hombres según el clima en que vivían, sobre los beneficios del aire circulante y sobre los problemas causados por el aire contaminado. Este último se convirtió en uno de los tópicos fundamentales para todo gobernante que deseara la salud de sus súbditos. Surge la necesidad de abrir grandes avenidas, continúa explicando Marcela Dávalos, pues el aire sano era aquel que podía circular libremente. La carne en putrefacción —en rastros, tocinerías o cementerios— los pantanos y los basureros se convirtieron en sitios estrechamente vigilados. Los lugares y las actividades que se vinculaban con la acumulación de putrefacción debieron sujetarse a un nuevo reglamento derivado de la concepción de lo sano como aquello que se mueve y tiene un curso libre y lo insalubre como lo que se estanca y se pudre por la inmovilidad.

La segunda parte del libro consta de tres capítulos, (III, IV y V) que la autora destina a la explicación de las medidas prácticas que el virrey Revillagigedo, educado en los ideales y el pensamiento ilustrado, impuso a la población con el fin de liberar a la ciudad del insano proceso de putrefacción producido por los estancamientos. El capítulo tercero da cuenta de la historia de las primeras letrinas que se llamaron “lugares comunes”, que a partir de entonces, debieron formar parte de toda casa habitación. La autora, relata como se resistió la población de las vecindades a su existencia y como los arquitectos tuvieron dificultades para in-

terpretar lo que en los bandos se indicaba sobre la construcción y uso del “lugar común”. Quizá, entre sus costumbres pervivía una tradición olfativa que no reconocía como ofensivos los olores producidos por los excrementos o por las inmundicias. La instalación de un “lugar común”, puede pensarse que, siguiendo a Alain Corbin, implicó una revolución olfativa, una transformación de la manera de ver y entender al ser humano en sociedad, por ello junto con las disposiciones virreinales sobre las letrinas, aparecieron otras en las que quedaba claro que aquel que se “ensuciara” en las calles sería tratado como un delincuente y por lo tanto se le aprehendería y encerraría en la cárcel. A partir de entonces la libre satisfacción de una necesidad fisiológica moría ante los embates del proceso civilizatorio de Occidente. El control de un Estado Absoluto empezaría a sentirse aún sobre una acción antes considerada tan natural o tan imprevisible. De ahí en adelante el intestino debería comprender que sus funciones dejaban de tener una consecución satisfactoriamente caprichosa para que el hombre pudiera acceder a la higiene de un mundo civilizado. El control garantizaba el privilegio del orden: un mundo acéptico dominado por el artificio olfativo creado a través de los perfumes. El “lugar común” garantizaba la higiene de la casa habitación pero no así el completo desalojo de las materias de desperdicio del cuerpo humano. La letrina debía comunicarse con atarjeas, pero en la mayoría de los casos esta no existía por lo que era necesario despejar de tanto en tanto lo que se acumulaba. Ese día los habitantes de la ciudad debían sacar sus cubos a la puerta para vaciarlos en carros que llevarían la carga más allá de las garitas que delimitaban

el espacio urbano. La ciudad se convertía en un desierto dominado por la peste, ninguna mujer osaba asomarse a su balcón y las ventanas parecían tapiadas ante la inminencia de un peligro: los miasmas que emanarían de las materias pestilentes.

Las basuras y los desperdicios también debían llevarse fuera de la ciudad. En el capítulo cuarto, la historiadora cuenta como se discutió el asunto y como se le reglamentó. Asimismo, platica cómo se puso en práctica el uso de los carros recolectores que debían circular muy temprano al amanecer o bien por la tarde cuando ya no había luz, siempre a oscuras, llegar a las garitas y desalojar su carga en los tiraderos dispuestos para ello, según registra el plano hecho por el arquitecto Castera y al que la autora hace referencia. Pero si la limpieza de la ciudad representaba un verdadero problema en las áreas urbanizadas, el mantenimiento de la higiene en los barrios por donde la ciudad se iba deshilachando hasta convertirse en campo, aparecía como una empresa aún más ardua, sobre todo porque nunca antes los virreyes se habían ocupado de ello. El estudio de Marcela Dávalos muestra como las disposiciones encierran una manera de "malentender" al indio que habitaba estas zonas, un temor y un desprecio por sus formas de vida, aunque por primera vez se haya manifestado un inusual interés por urbanizar las zonas marginadas.

La tercera parte del libro, se integra en un largo y único capítulo VI que contiene las perspectivas de investigación para el siglo XIX en torno a los mismos asuntos, que a partir de 1873 y debido a un artículo publicado por la *Gaceta Médica de México*, serán competencia de la higiene pública y de sus practicantes los médicos higienistas. Ellos se preocupan por la calidad del agua, por el aseo de las cañerías y por el mal estado del Lago de Texcoco a donde llegaba el agua de los albañales y cuyo límite de absorción había alcanzado su extremo máximo. Para escrutar el pensamiento de los higienistas y para valorar sus aseveraciones, Marcela Dávalos hecha mano de las investigaciones de Alain Corbin y concluye junto con él, que la esfera intelectual de aquellos médicos era aún "prepasteuriana" por lo que la existencia de microorganismos los tenía sin cuidado, mientras los desvelaban los miasmas, las pestilencias y los lodos verdosos capaces de violentar el dolor de cabeza.

En apariencia, un gran salto cronológico se presenta en el libro, cuando la autora pasa de los últimos años del siglo XVIII a las postrimerías del siglo XIX, sin embargo en este último capítulo así como en las conclusiones queda claro que el proceso fue lento y que no fue sino hasta fines del siglo pasado y bajo el gobierno de Porfirio Díaz que la ciudad cambió su rostro y sus entrañas. Dicho en las propias

palabras de la autora: "Se necesitó la lenta asimilación de varias generaciones para que la población comenzara a efectuar aquellas nuevas prácticas... Aún en el último tercio del siglo XIX los higienistas describen a la gente defecando en las calles, a la ciudad llena de basureros y a la ineficiencia de los carros que recogen los desperdicios."

Estudio pionero en su género, recoge costumbres poco atractivas y por lo mismo dejadas en el olvido, de esta manera se acerca a las historias que reconstruyen la vida cotidiana —soporte ineludible de los actos heroicos— que se preocupan por mostrar como hasta los actos más precarios de la vida están vinculados con valoraciones más amplias que implican la naturaleza, el hombre como animal o como ser social, el entendimiento del pasado y la visión de futuro. Y un poco más, el trabajo de Marcela Dávalos se inscribe en la polémica que hoy se sostiene públicamente sobre el medio ambiente, su destrucción y preservación; sobre la necesidad de racionalizar, entre otras actividades, el consabido ritual por medio del cual la población se desembara de la basura. Si bien los carromatos del XVIII llevaban los deshechos más allá de las garitas de la ciudad para tirarlos lejos, hoy día, se sabe, no existe ningún lugar suficientemente lejos, lejos del desastre que implica la severa contaminación del planeta.